

Profesión Solemne de Sor Maria Fátima

Monasterio Ave María, La Paz, 8 de noviembre de 2015

XXXII Domingo del tiempo ordinario (B)

Lecturas: 1 Reyes 17,10-16; Hebreos 9,24-28; Marcos 12,41-44

El Evangelio y las lecturas de este Domingo 32 del tiempo ordinario parecen pensadas a propósito para ayudarnos a entender y profundizar en el sentido de la Profesión monástica solemne que Sor Fátima expresará dentro de poco.

En el Evangelio vemos a Jesús sentado frente al arca del tesoro del Templo de Jerusalén. Es como si un rey hubiese enviado a su hijo a inspeccionar si y cómo el pueblo paga las tasas que se le deben. Pero Jesús es el Hijo de Dios, enviado por el Padre a mirar, no tanto el dinero, sino los corazones de los hombres que lo ofrecen. El tesoro del Templo era el lugar en el que se podía ver con qué actitud los fieles se ofrecían de forma concreta, incluso a través del dinero, al Señor su Dios. El dinero no era para cada uno más que un símbolo concreto para expresar a Dios la ofrenda de su propia vida.

Esta es precisamente la diferencia que Jesús ve entre la ofrenda de los ricos que echan muchas monedas y la ofrenda de la pobre viuda que echa dos moneditas, dos reales, que eran, como sabemos por otro pasaje del Evangelio, el valor de unos pájaros: "¿Acaso no se venden dos pájaros por un real?" (Mt 10,29).

La diferencia de valor que Jesús ve entre las muchas monedas de los ricos y las dos moneditas de la viuda es el hecho de que en estas dos moneditas la viuda ha puesto todo el valor económico de su vida, porque ellas representaban "todo lo que tenía para vivir" (Mc 12,44).

¡Qué locura! Ofrecer en el Templo, que ya recibe mucho de parte de los ricos, ¡todo lo que tiene para vivir! ¿No es quizá el de la viuda un gesto fanático, de religiosidad malsana? ¡Cómo puede aprobarlo Dios, estar contento con un sacrificio tan masoquista, tan privado de piedad hacia sí misma! Sin embargo, Jesús no solo admira a esta pobre viuda, sino que llama a sus discípulos para que la miren y la tomen como modelo. Así pues, estamos invitados a descubrir en el gesto descabellado de esta viuda un significado más profundo que la simple y exagerada generosidad de un sacrificio religioso.

El gesto de la viuda no es una locura solo si lo interpretamos, como Jesús, a la luz de la fe, ante todo de la fe de esta mujer, de la fe que esta mujer ha expresado. En efecto, echando en el tesoro del Templo y por lo tanto ofreciendo a Dios todo lo que tenía para vivir, esta mujer ha expresado una ofrenda total de sí misma al Señor. Pero no lo ha hecho para morir: lo ha hecho para pedir la vida solo y totalmente a Dios. Echando las dos moneditas, es como si dijese: "Señor mi Dios, yo con estas dos moneditas no puedo vivir, porque bastarían para vivir solo un día o dos comiendo unos pájaros, pero tengo fe que puedo poner toda mi vida en tus manos, y creo y espero firmemente que Tú me darás la vida, que eres siempre

solamente Tú el que nos das la vida, que en tus manos de Padre misericordioso y providente no moriré. Toma todo lo que tengo para vivir, toma todo lo que soy, toma toda mi vida y dame vivir de Tí, de tu amor, al que me confío totalmente, en el que confío con todo mi ser!”.

"¿Acaso no se venden dos pájaros por un real? Sin embargo, ni uno de ellos caerá en tierra sin el querer de mi Padre. (...) No tengáis miedo: ¡valéis más que muchos pájaros!" (Mt 10,29-31). Es precisamente esta conciencia y esta confianza la que ha expresado la viuda con su gesto.

Los ricos ofrecen muchas riquezas supérfluas como si fuese Dios el que tuviera necesidad de ellos, como si Dios fuese un cachorrillo que come las migajas que caen de su mesa repleta. La viuda da todo porque sabe que es ella la que necesita de Dios, y sabe que Dios no necesita nada, a no ser de la libertad de nuestra confianza filial. Y si Dios necesita de esto, no es para tomar, sino para podernos amar dándonos todo, cuidando de nosotros, hasta dárse a Sí mismo por nosotros como Pastor bueno de nuestra vida: “El Señor es mi pastor, nada me falta!” (Sal 22,1).

Es precisamente esta conciencia la que el profeta Elías ha querido educar en la viuda de Sarepta. También a ella no le quedaba más que lo necesario para vivir un día con su hijo y después morir: "Me queda solo un puñado de harina en el cántaro y un poco de aceite en la alcuza (...). Nos lo comeremos y después moriremos" (1 Re 17,12). Elías la invita a hacer como la viuda que verá Jesús: a ofrecer a Dios precisamente los últimos recursos, con la confianza que el Señor transformará el final en un comienzo, la muerte en vida nueva.

¿Pero por qué admira Jesús tanto a esta viuda y la pone tanto de relieve? Sólo Él se da cuenta de ella; solo Él la estima. Todos miran las muchas monedas de los ricos y las oyen caer y tintinear en el tesoro del Templo con estupor y complacencia. ¡Estos sí que hacen mucho por el Templo! ¡Estos sí que honran a Dios! ¡Estos sí, diríamos hoy, que ayudan a la Iglesia a llevar a cabo su misión, a llevar adelante sus obras, a ser poderosa en la sociedad, a hacer tanto bien!

Ciertamente, Jesús jamás despreció la ayuda de los ricos, sobre todo para ayudar a los pobres. Pero aquí se fija en el gesto de la viuda, y es como si el sonido imperceptible de sus dos moneditas que caen en el tesoro lo llenase de admiración y de alegría más que si escuchase la Novena sinfonía de Beethoven... ¿Por qué? Porque en el gesto y en la actitud de la viuda pobre Jesús se reconoce a sí mismo, su vida, su misión, su modo de estar ante el Padre, su ofrenda al Padre, su misma confianza total en el Padre, aquella confianza sin límites que lo llevará hasta ofrecerse enteramente él mismo, toda su vida, muriendo en la Cruz. Es como si en el gesto de la viuda, Jesús viese anticipadamente el gesto pascual que Él hará, casi como si Él aprendiese de ella el modo justo de ofrecer toda la vida en la total confianza de que el Padre nos la da, en la total confianza en que el Padre nos resucita incluso de la muerte.

Es precisamente este misterio el que viene expresado explícitamente en la lectura de la carta a los Hebreos que hemos escuchado: "Cristo ha entrado no en un santuario construido por hombres –imagen del auténtico–, sino en el mismo cielo, para ponerse ante Dios, intercediendo por nosotros. [es ahora, es en el Cielo, donde Jesús ofrece toda su vida por nosotros, que repite eternamente por nosotros la ofrenda confiada de la viuda que Él ha llevado a cumplimiento en la Cruz]. (...) De hecho, Él se ha manifestado una sola vez, al final de la historia para destruir el pecado con el sacrificio de sí mismo" (Heb 9,24-26)

Todos nosotros, toda la humanidad, estamos salvados por el sacrificio de sí mismo de Jesucristo. Cristo muere pidiendo la vida no solo para sí, sino para todos. Ha dado a Dios todo lo que tenía para vivir con un amor y una confianza tan grandes como para no dudar que el Padre no le resucitaría solo a Él, sino, en él y por Él, a toda la humanidad. Este es el gran misterio cristiano que Jesús ha visto reflejado en el pequeñísimo gesto de la viuda como el sol que se refleja todo en una gota de rocío.

Y es de esta manera, querida Sor Fátima, como podemos y debemos vivir la Profesión monástica solemne. Debemos vivirla como el gesto de la pobre viuda impotente que ofrecía toda su vida con la confianza de que todo lo recibimos del Padre, que la nada que ofrecemos, Dios nos la devuelve al céntuplo, y no solo para nosotros, sino para todos, porque nuestra ofrenda está unida a la de Cristo, al sacrificio de sí mismo del Hijo de Dios al que el Padre responde con la salvación y la resurrección para toda la humanidad.

Por esto entendemos que la locura de consagrarnos a Dios totalmente y para siempre es posible, y que puede ser vivida en total libertad, porque podemos hacerlo con una total confianza en Dios, pidiendo todo a Dios. Nosotros hacemos los votos a partir "de nuestra propia pobreza", como dice Jesús de la viuda (cfr. Mc 12,44), porque estamos seguros que este gesto nos echa en el tesoro infinito del Templo de la Misericordia del Padre.

Por esto no debemos temer ligarnos para siempre a una comunidad, a las Hermanas que la componen, con todos sus límites y fragilidades, porque con ellas y con su ayuda no se nos pedirá otra cosa que la de continuar echando, cada día y hasta el final, toda nuestra miseria en el tesoro de la Misericordia de Dios que quiere amar y salvar al mundo entero.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist